SAN PABLO

MAESTRO DE LA IGLESIA Y APÓSTOL DE LOS PUEBLOS

San Pablo. Maestro de la iglesia y apóstol de los pueblos. 3. Las redes sociales paulinas / Gustavo Enrique Zamora Guzmán, Pbro. – 1ª ed. – Bogotá: Fundación Universitaria Monserrate (Unimonserrate), 2025.
Libro digital, PDF.
Archivo digital: descarga y online.
ISBN: 978-958-8486-67-3
1. San Pablo. 2. Maestro de la iglesia. 3. Iglesia. 4. Teología. 5. Pastoral.

Fundación Universitaria Monserrate – Unimonserrate
Escuela de Ciencias Humanas y Sociales (ECHyS)
Programa de Teología
Seriado Bíblico Teología
ISBN: 978-958-8486-67-3

Rector
Ricardo Alonso Pulido Aguilar, Pbro.

Vicerrector Académico
Hugo Orlando Martínez Aldana, Pbro.

Vicerrector Administrativo y Financiero
Fabi Said Castro Castilla, Pbro.

Vicerrector de Pastoral y Bienestar
Marcos Alexander Quintero Rivera, Pbro.

Director de Investigación
Hugo Orlando Martínez Aldana, Pbro.

Decano (ECHyS)
Danny Julián Barón Cortés, Pbro.

Coordinadora de Investigación (ECHyS)
Margie Lisseth Marroquín Prieto

Director de Teología
Luis Fidel Suárez Puerto

Autor
© Gustavo Enrique Zamora Guzmán, Pbro.

Comité Editorial
Luis Fidel Suárez Puerto, Pbro.
Martín Gil Plata, Pbro.
Rubén Darío Hernández Perdomo, Pbro.
Camilo Andrés Barrera Alvarado

Correción de estilo y Dirección editorial
Manuel Alejandro Briceño Cifuentes

Diseño y diagramación
Jeferson Camilo Hernández Galeano

© 2025, Fundación Universitaria Monserrate – Unimonserrate
Primera edición: septiembre 2025

Todas las imágenes de la presente publicación fueron generadas con la herramienta de Inteligencia Artificial *ChatGPT AI* y su contenido está relacionado con los títulos de la presente entrega.

Editorial Universitaria Unimonserrate
Correo: editorialuniversitaria@unimonserrate.edu.co

Licencia Pública Internacional — CC BY-NC-SA 4.0
Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0

Presentación

La serie teológica «San Pablo» pone la persona y el pensamiento del apóstol de los pueblos al alcance de todos. Los lectores encontrarán en esta colección interesantes herramientas que les facilitarán un conocimiento más profundo del mensaje paulino, y de su gran influencia en el cristianismo naciente, así como de su innegable importancia para la Iglesia de todos los tiempos.

Cada publicación está enriquecida con elementos exegéticos, teológicos y pastorales. Además, contiene abundantes referencias bibliográficas, lo que permitirá a los lectores seguir ahondando en cada una de las temáticas desarrolladas.

Esta serie tiene como punto de partida la vida del apóstol, en su triple contexto judío, griego y romano. Una vida que, sin duda alguna, estuvo fuertemente marcada por la cristofanía acaecida en la vía que conduce a Damasco (cf. Hch 9,1-19; 22,5-16; 26,9-18). A partir de aquel evento el pensamiento del fariseo tarsiota cambió totalmente. La Torá, el culto y las obras de caridad que, por cerca de 30 años, constituyeron el fundamento de su fe dieron paso a Cristo «y este Crucificado» (cf. 1Cor 1,23).

Después del acercamiento a la vida del apóstol, la serie aborda temáticas de gran interés, como la relación de Pablo con la epistolografía greco-romana y con la retórica clásica, la manera como él concebía las verdades de fe del cristianismo naciente y sus estrategias evangelizadoras.

Por tanto, esta colección va dirigida a quienes ya poseen conocimientos bíblicos y teológicos en torno a la figura y al pensamiento de San Pablo. En cada publicación se podrán refrescar dichos conocimientos y adquirir otros que ofrecen las recientes investigaciones bíblicas y arqueológicas.

También son destinatarios quienes están empezando a incursionar en el mundo de los estudios bíblicos y teológicos. El lenguaje de cada entrega hace posible que cualquier lector pueda comprender sin dificultad los distintos argumentos que allí se desarrollan.

Ministros, catequistas, animadores de las diferentes pastorales, miembros de movimientos y grupos apostólicos, entre otros, pueden encontrar en esta serie un valioso apoyo para la labor evangelizadora que se les ha confiado. Y quién mejor que el apóstol de las gentes para ayudar a todos a entender de qué manera la Iglesia podría dar a conocer el evangelio a todos los pueblos hoy en día. Recordemos, ella «existe para evangelizar» (cf. Evangelii Nuntiandi 14).

La colección *San Pablo. Maestro de la iglesia y apóstol de los pueblos* aborda de manera general cinco grandes temáticas, que son las siguientes:

1. La vida de Pablo: a través de una sencilla entrevista son presentados los principales eventos de la vida del apóstol. Esta entrevista ofrece, además, un primer acercamiento al pensamiento teológico y a la labor evangelizadora de esta gran figura del s. I.

2. La relación con el mundo intelectual: sin duda, la epistolografía greco-romana, así como la retórica clásica fueron vistas por Pablo como excelentes herramientas para la realización de su gran anhelo, dar a conocer a Cristo a todos los hombres de su tiempo.

3. El Epistolario Paulino: San Pablo vio en la epistolografía un modo concreto y eficaz de seguir estando presente en medio de las comunidades que había fundado en sus viajes misioneros. Además, las distintas cartas que conforman el Corpus Paulinum (siete protopaulinas, tres deuteropaulinas y trestritopaulinas) son el mejor testimonio de la predicación de Pablo y de su gran influencia en la teología cristiana naciente.

4. El Pensamiento Paulino: si bien es cierto que San Pablo no escribió ningún tratado de teología, sus cartas, caracterizadas por dar respuesta inmediata a las problemáticas surgidas en las comunidades por él fundadas, nos ofrecen la posibilidad de comprender cómo entendía él las verdades fundamentales del cristianismo. La centralidad del sacrificio de Cristo, el misterio trinitario, el mesianismo de Jesús, la justificación por la fe, los sacramentos, la Iglesia, el hombre y la parusía son algunos de los argumentos que el apóstol desarrolla en sus misivas.

5. La labor evangelizadora del apóstol: A partir de la «experiencia fundante» camino a Damasco, San Pablo se esforzó por anunciar en muchos lugares del Imperio Romano el evangelio que a él fue revelado. Es Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, quien mejor describe los distintos viajes misioneros del apóstol: sus estrategias, sus dificultades, sus logros y sus fracasos.

Así, el presente trabajo consta de 10 publicaciones en serie cuya periodicidad y difusión se hará de manera semestral. A continuación compartimos los nombres de todas los títulos que compondrán esta colección:

1. Pablo, ¿quién eres tú?
2. Un hombre del siglo I
3. Las redes sociales paulinas
4. ¿Un nuevo Dios?
5. Un Cristo muy particular
6. El verdadero Mesías
7. ¿La fe o las obras?
8. Tres cuerpos
9. Un regreso no tan inmediato
10. El apóstol viajero

Esperamos que su lectura sea de provecho y agrado.

Gustavo Enrique Zamora Guzmán, Pbro.

LAS REDES SOCIALES PAULINAS

LAS CARTAS

¿Quién de nosotros no ha escuchado hablar de *Facebook, YouTube, WhatsApp, Instagram, TikTok?* De hecho, muchos utilizamos al menos una de estas redes (o incluso otras menos conocidas) para conectar con personas de distintas partes del mundo, reencontrarnos con familiares y amistades de la infancia, explorar nuevas culturas, enriquecer nuestras experiencias personales y profesionales, despertar, alimentar y compartir la propia creatividad. No es extraño encontrar cristianos en estos espacios digitales dando a conocer la buena noticia de Jesús a los demás. Si Pablo de Tarso hubiese vivido en nuestra época, con seguridad habría aprovechado al máximo todas estas plataformas para difundir su evangelio. Con cada comunidad fundada por él habría creado un grupo en línea (por ejemplo, de WhatsApp), para mantenerse bien informado de todo lo que sucedía en las iglesias y, también, para ayudarles a ahondar en el evangelio que les había expuesto personalmente en sus viajes misioneros.

He solicitado a la inteligencia artificial que imagine un diálogo, a través de WhatsApp, entre Pablo y algunos miembros de la iglesia de Corinto, inspirado en la primera de las misivas que el apóstol envió a esta comunidad creyente. Veamos cómo habría sido esta conversación digital.

Cloe (08:15 a. m.):

¡Shalom, Pablo! 😅 Perdona que te moleste tan temprano, pero acá en la iglesia tenemos un lío 🤦 . Algunos dicen ser seguidores tuyos, otros son fans de Apolo, y no faltan los que dicen ser de Cefas… Incluso hay un grupo que afirma seguir solo a Cristo. ¡Esto parece un club de fans, no una iglesia! 🙄 (1Cor 1,10-12).

Pablo (08:20 a. m.):

¡Shalom, Cloe! 😔 ¡Vaya manera de empezar la mañana! ¿Acaso Cristo se dividió en pedazos? Les pido unidad 🙏. Recuerden: somos un solo equipo trabajando para el mismo Señor. (1Cor 1,10)

Apolo (08:23 a. m.):

💁‍♀️ Solo quiero aclarar que yo no fundé ningún club 🤦‍♀️. Todos servimos al mismo Dios, cada uno con su tarea (1Cor 3,4-5).

Cloe (08:28 a. m.):

Gracias, chicos. Ojalá se calme esto pronto 🙌. Ah, otra cosa: ¡hay confusión con lo de la carne sacrificada a ídolos! 🍖😩 Algunos dicen "todo bien", otros que "ni locos". ¿Qué hacemos, Pablo? (1Cor 8)

Pablo (08:35 a. m.):

🤔 Interesante tema. Recuerden algo clave: los ídolos no son nada, ¡solo hay un Dios verdadero! 🙌 Pero ojo, hay hermanos más sensibles, cuidemos su conciencia y actuemos con

amor ❤️. ¡Sin escándalos, por favor! Eso es lo más importante (1Cor 8,4.9-13)

Gayo (08:40 a. m.):

¡Muy claro, Pablo! Tomaré nota ✍️😉. Gracias por recordarnos esto.

Pablo (08:45 a. m.):

De nada, Gayo. Y ya que estamos en confianza, me llegó un chisme fuerte 😮: al parecer hay un caso de inmoralidad grave en la comunidad 😔 (1Cor 5,1). Esto no puede quedar así; hay que actuar con firmeza, pero siempre buscando el arrepentimiento y la restauración 🙏.

Crispo (08:50 a. m.):

Sí, Pablo, estamos preocupados por eso. Vamos a ocuparnos del tema con sabiduría y cariño. Prometido 💪.

Pablo (09:00 a. m.):

¡Les creo y confío en ustedes, muchachos! 🙌✨ Recuerden que Dios les dio a todos dones diferentes, pero siempre para edificar a la comunidad. ¡Úsenlos con humildad y buscando la unidad! (1Cor 12,4-7; 14,26)

Apolo (09:10 a.m.):

Mil gracias, Pablo. Hoy reflexionaremos especialmente sobre eso. 🧐

Pablo (09:20 a. m.):

Genial, amigos. Me quedaré unos días conectado aquí en el grupo 📲 antes de seguir viajando. Manténganse firmes en la fe, valientes en la vida diaria, y que TODO sea siempre hecho con amor ❤️💪 (1Cor 16,13-14).

Crispo (09:25 a. m.):

¡Gracias por estar pendiente de esta iglesia, querido Pablo! 🙏 Esperamos verte pronto en persona para compartir más. ¡Te mandamos un abrazo grande desde Corinto! 🤗

Pablo (09:30 a. m.):

¡Un abrazo para todos! 🤗 Que la gracia del Señor Jesús los acompañe siempre. ¡Nos escribimos pronto! ✉️🙌

***

Quizás así habría sido un diálogo digital entre Pablo y sus iglesias si él hubiera vivido en nuestra época. Sin embargo, a él le correspondió vivir en otro momento histórico, en el cual las cartas eran el más difundido y eficaz medio de comunicación.

Diálogo, a través de WhatsApp, entre Pablo y algunos miembros de la iglesia de Corinto

Redes Sociales Paulinas

Está claro que el tarsiota no había nacido con la vocación de escritor. Siendo fariseo, no tenía realmente un específico motivo para redactar textos. A los fariseos de su tiempo les bastaba con saber leer las Sagradas Escrituras y exponerlas oralmente de manera clara y convincente. En las escuelas dedicadas a la formación de estos eruditos, la composición o redacción de escritos no formaba parte del plan de estudios. Entonces *¿qué lo llevó a escribir — o dictar*[1] *— las cartas que hoy proclamamos en nuestras asambleas litúrgicas?* No cabe duda de que su encuentro con el Resucitado y el ardor misionero que de él brotó lo convirtieron en el primer y más influyente escritor de la historia del cristianismo.

Se estima que el tarsiota tenía unos 40 años cuando redactó la primera de sus cartas: a los Tesalonicenses, marcando así el inicio de la literatura cristiana. Conviene señalar que, aparte de algunos breves e interesantes textos epistolares en papiro, solo han perdurado hasta nuestros días, desde el siglo I, las cartas de Séneca, escritas en latín, y las de Pablo, en griego[2].

El apóstol solía aprovechar las pausas entre sus periplos misioneros y los periodos de detención que sufrió por la predicación del evangelio para redactar o dictar sus cartas[3].

1. Características de las cartas paulinas

A diferencia de muchos escritos teológicos contemporáneos, las cartas de Pablo no surgieron en la quietud de un escritorio ni fueron el resultado de largas reflexiones sistemáticas en torno a Dios o a la Iglesia o a la vida humana. Ellas son, ante todo, ***circunstanciales.*** Es esta la característica que más debemos tener en cuenta al momento de abordar la literatura paulina. La circunstancialidad tiene que ver con las distintas situaciones, no siempre favorables, que vivían las comunidades fundadas por el fariseo tarsiota[4].

Lejos de plantear una doctrina exhaustiva, el apóstol buscaba dar respuesta a las inquietudes y problemáticas surgidas en sus iglesias, teniendo siempre en mente, de una parte, el inminente regreso del Señor Jesús y, de otra, la incorporación de los paganos o gentiles en el pueblo de Israel.

Aquí cabe preguntarnos lo siguiente: *¿Cómo se enteraba el apóstol de los problemas que surgían en sus iglesias?* Algunas veces, las comunidades le enviaban cartas para informarle sobre sus dificultades y para aclarar dudas acerca de cuestiones de fe y de costumbres (1Cor 7,1a). En otras ocasiones, miembros de las iglesias lo visitaban y lo ponían al tanto de la vida de sus congregaciones (1Cor 1,11[5]; 16,15-18; Flp 2,25; 4,18). En otros momentos, en fin, era el mismo

[1] Muy posiblemente, Saulo Pablo se valió de amanuenses al redactar sus cartas. Conocemos, por ejemplo, el de la carta a los Romanos, un tal Tercio (cf. Rm 16,22). En Ga 6,11 el apóstol afirma: «Miren con qué letras tan grandes les escribo de mi propio puño». Estas palabras nos llevan a suponer que todo lo anterior lo había dictado a un secretario. Lo mismo puede decirse de 1Cor 16,21 («El saludo va de mi mano, Pablo»). Comentando este versículo, la Biblia de Jerusalén asegura que «como las epístolas de Pablo eran escritas por secretarios […] debían ser autenticadas por algunas palabras de su puño y letra, cf. 2Ts 3,17; Fm 19; Col 4,18». 1Cor 1,16 puede ser considerado otro testimonio a favor de que Pablo solía dictar, «de lo contrario — dice la misma Biblia de Jerusalénen la nota a este versículo — habría corregido poniendo el comienzo del v. 16 delante del v. 15».

[2] Cf. R. Penna, *Paolo Scriba,* 28.

[3] Cf. A. Pitta, *L'evangelo di Paolo,* 36.

[4] Debemos excluir Romanos, la menos circunstancial y, al mismo tiempo, la más teológica de las misivas paulinas. Además, el apóstol no fundó las comunidades cristianas presentes en la capital del Imperio.

[5] La Biblia de Jerusalén, comentando este versículo, afirma que «no se sabe a punto fijo quién era esta Cloe; probablemente, una industrial o comerciante de Éfeso, con personal formado por esclavos, libertos y hombres libres».

Pablo quien enviaba a sus colaboradores — Timoteo, Silvano, Tito — para animar a las comunidades y recabar información de primera mano (1Ts 3,1-2.6; 1Cor 4,17; 2Cor 7,6-7; 8,16-17.23; Flp 2,19-23; Col 4,7-9).

Hablar de la circunstancialidad de las cartas paulinas implica, para el lector, un llamado a no analizarlas de manera aislada, desvinculadas de la vida del apóstol y de las comunidades destinatarias. Pasar por alto este contexto conduciría a una interpretación errónea del mensaje contenido en ellas.

Otra característica de las cartas paulinas es su marcado ***carácter comunitario,*** pues, además del secretario o amanuense, tenemos noticias de otras personas que participaron junto al apóstol en su redacción: *co-remitentes* y colaboradores (1Ts 1,1; Flp 1,1; 2Cor 1,1; Fm 1)[6].

La "comunidad redactora" observaba varios pasos al momento de componer cada carta[7] . En primer lugar, el análisis de la situación concreta de la iglesia que requería una respuesta o una solución. Luego, la búsqueda de luces tanto en las tradiciones del Antiguo Testamento como en las enseñanzas de los seguidores de Jesús de Nazaret, con el fin de realizar una correcta interpretación de la situación a resolver. A continuación, la elección de las ideas clave, el tono y el estilo apropiados, así como la estructura básica de la misiva. Finalmente, el dictado al amanuense del contenido definitivo, por parte de Pablo.

Una vez concluida la elaboración de la carta, esta se hacía llegar a sus destinatarios a través de un emisario de confianza (Rm 16,1; 1Cor 16,10), el cual, por lo general, tenía la tarea de leer la carta a quienes iba dirigida[8].

Conviene añadir que el carácter comunitario de estas cartas no solo concierne al grupo que las redactaba, sino también a quienes las recibían: el apóstol siempre tuvo en mente una comunidad lectora-oyente[9]. En efecto, las cartas paulinas, «fueron dictadas para ser escritas y escritas para ser leídas, no en ámbito privado, sino comunitario y eclesial»[10].

Una tercera particularidad de las cartas de Pablo radica en su trasfondo judío: son, en esencia, escritos judíos y deben ser interpretados dentro de ese contexto. Al respecto, Pamela Eisenbaum escribe lo siguiente:

> […] los paganos del mundo romano que no sabían nada de Jesús […] considerarían las cartas paulinas como cartas judías, porque estaban escritas por un judío y porque contienen un vocabulario, unas imágenes y unos asuntos judíos. Si un centurión romano hubiera interceptado la

[6] J. Murphy-O'Connor afirma que Pablo no concebía sus cartas en total soledad, como lo presenta una difundida y muy romántica imagen del apóstol, sino que, con toda probabilidad, él las discutía con algunos colaboradores y juntos elaboraban su contenido. Claro está que el texto definitivo era decidido por Pablo. Cf. ID., *Paul et l'art épistolaire,* 58. Véase, también: S. Byrskog, «Co-Senders», 235.249-250.

[7] Cf. Carlos Gil Arbiol, *Escritos paulinos,* 264-265 (versión digital).

[8] Dado que los textos antiguos no poseían una puntuación ni tampoco una acentuación que permitieran una fácil lectura en público, se hacía necesario que la persona que debía realizar dicha lectura conociera muy bien tanto la intencionalidad del autor como el contenido del escrito. Es por esto por lo que Pablo, con toda probabilidad, envió sus cartas por medio de quienes estuvieron a su lado en la redacción de las mismas. Esto permitiría, además, que, en caso de dudas por parte de los oyentes, el lector pudiera dar una respuesta correcta y convincente, coherente con el pensamiento de Pablo. Cf. B. Witherington III, *New Testament Rhetoric,* 105-106

[9] Cf. B. Witherington III, *New Testament Rhetoric,* 8.97.130; A. Pitta, *L'evangelo di Paolo,* 41-42.

[10] A. Pitta, *L'evangelo di Paolo,* 44.

> carta a los Romanos, inmediatamente la habría catalogado de judía. Piénsese en cómo comienza el escrito: Pablo dice que está al servicio de alguien llamado Jesús, que es la forma griega del nombre hebreo Joshua, y que este Jesús es descendiente de la dinastía davídica, la más gloriosa de las antiguas monarquías de Israel. Y si las primeras pocas líneas no hubieran sido suficientes para que se enterara el centurión, al ver los términos «judío» y «pagano» —que Pablo usa una y otra vez en Romanos (y en otros lugares)—, el centurión se hubiera percatado de que esta carta reflejaba una perspectiva judía sobre el mundo. Pues ¿quién más dividía el mundo en su totalidad en estos dos tipos de personas, judíos y paganos, los que son judíos y los que no lo son? Ciertamente, no era el modo en que los romanos lo hacían, pues, según sus categorías operativas, el mundo estaba dividido entre romanos y bárbaros. Además, las cartas paulinas serían consideradas judías por otros judíos de su tiempo, incluidos los fariseos […] Aunque nunca hubieran conocido personalmente [a Pablo], los demás judíos del siglo I habrían reconocido que el autor de estas cartas era uno de los suyos, debido a las numerosas marcas de índole judía que aparecen en ellas[11].

No podemos dejar de anotar aquí que las cartas de Pablo —como ya constataban los primeros cristianos (2Pe 3,16)— no se comprenden con facilidad en una primera lectura; es necesario releerlas pausadamente. Algo que las hace difíciles para nuestra comprensión es el hecho de que no conocemos la totalidad de la predicación oral del apóstol. Preguntas tales como *¿qué fue lo que dijo a cada comunidad al visitarla? ¿Cómo reaccionaron sus oyentes?* difícilmente encuentran hoy una respuesta satisfactoria

> Presumiblemente, en muchos casos, el apóstol pasó largo tiempo con sus adeptos ocupado en resolver las dudas suscitadas por sus propuestas teológicas y en aclarar casos aparentemente anómalos de su propio comportamiento como apóstol conforme a su principio de adaptabilidad a las circunstancias (1Cor 9,19-23: «Hacerse todo a todos...»). Las soluciones de Pablo se plasmaron luego sintéticamente en diversas sentencias de sus cartas, pero su significado completo se nos escapa a menudo al desconocer qué había explicado Pablo oralmente a sus conversos […]. Por tanto, nuestra comprensión de lo que vamos a leer, la correspondencia unilateral de un personaje a sus lectores se ve oscurecida porque entendemos las palabras y frases, pero no podemos escoger con seguridad de entre sus posibles significados cuál es el más apropiado[12].

2. Un dato interesante

El testimonio más antiguo que conservamos de las misivas paulinas —no de todas[13] — es el *Papiro 46* (P46). Este manuscrito, datado entre finales del siglo II y comienzos del siglo III[14], forma parte, junto con el P45 y el P47, de la llamada colección *Chester Beatty*. Algunas de sus hojas se encuentran en la Biblioteca de la Universidad de Michigan, mientras que otras se conservan en la Biblioteca Chester Beatty, en Dublín (Irlanda).

Una de las particularidades de este papiro es que está escrito en lo que se denomina *scriptio continua*[15]. Esto implica, en primer lugar, que los estudiosos han tenido que interpretar

[11] P. Eisenbaum, *Pablo no fue cristiano. El mensaje original de un apóstol mal entendido,* 24-25.

[12] A. Piñero, *Guía para entender a Pablo de Tarso,* 24-25.

[13] El P46 contiene las siguientes cartas paulinas: Romanos, (Hebreos), 1Corintios, 2Corintios, Efesios, Gálatas, Filemón, Colosenses y 1Tesalonicenses.

[14] Actualmente se conservan 86 de las 104 hojas que, originalmente, conformaban este manuscrito.

[15] Texto sin divisiones o espacios entre palabras. No se usa ningún tipo de puntuación.

Cartas paulinas

cuidadosamente su contenido para lograr una comprensión adecuada del texto. En segundo lugar, significa que, cuando leemos a Pablo en nuestras Biblias, no accedemos de manera directa a sus escritos originales, sino a las interpretaciones que otros han hecho a lo largo del tiempo[16]. Esto último debe llevarnos a ser muy prudentes al momento de estudiar las enseñanzas del apóstol y a preguntarnos: *¿Esto realmente lo dijo Pablo?*

3. Pablo y la epistolografía greco-romana

Como ya fue dicho en nuestra anterior publicación[17], las cartas del *Corpus Paulinum* tienen diversos puntos de contacto con la epistolografía greco-romana. Observan en gran parte la estructura usual de las misivas que circulaban en el Imperio. Sin embargo, hay que reconocer que, no obstante Pablo siguiese de cerca el esquema de la epistolografía clásica, se mostró creativo al momento de escribir, es decir, fue más allá de dicho esquema. Por ejemplo, sus cartas son más largas que las de otros escritores de su época. Las misivas de la antigüedad, por lo general, no excedían las 250 palabras. En cambio, la más corta de las epístolas paulinas, a Filemón, consta de 355 palabras y la más larga, a los Romanos, de 7111, aproximadamente.

Otros elementos novedosos son la ***acción de gracias,*** antes del cuerpo epistolar, y la ***sección exhortativa,*** al final[18]. Dicho brevemente, en las cartas paulinas es posible reconocer, por una parte, la forma clásica de las misivas antiguas, y por otra, la originalidad del apóstol en su estilo de comunicación. Esta originalidad tiene que ver con la diversidad y la naturaleza de la relación del apóstol con las distintas comunidades y con las ideas o enseñanzas que él quiere transmitirles[19].

No cabe duda de que las cartas se convirtieron en el modo como Pablo siguió estando presente en medio de sus comunidades, asegurando su estabilidad e integridad; estas dos cuestiones preocupaban bastante al apóstol[20]. Era típico de los grandes escritores de la antigüedad ver en sus escritos el mejor modo de seguir acompañando, aún desde la distancia o después de la muerte, a sus seguidores[21].

[16] «Cuando leemos hoy a Pablo — ya sea que nos asomemos al texto griego original o que consultemos alguna traducción del mismo — lo que leemos es siempre ya una determinada interpretación» (C.A. Segovia, *Por una interpretación no cristiana de Pablo de Tarso,* 82).

[17] Cf. Un *hombre del s. I,* página 14. https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/251676/1/San-Pablo-2.pdf

[18] B. Witherington señala que la acción de gracias sirve a Pablo para introducir a los destinatarios en los distintos temas que abordará en la misiva. Por ejemplo, en 1Cor 1,4-9 el apóstol agradece a Dios por los dones espirituales y el conocimiento que ha concedido a los corintios. Estos dos elementos, conocimiento y dones, aparecerán más adelante: en 1-4 el primero, en 12-14 el segundo. Otro ejemplo se encuentra en Rm 1,8-17. Cf. ID., *New Testament Rhetoric,* 112-113.

[19] Cf. R. Fabris – S. Romanello, *Introduzione,* 111. Hablar de originalidad no puede llevarnos a olvidar que Pablo hizo uso de elementos tradicionales, ya conocidos en las comunidades creyentes, como, por ejemplo, confesiones de fe (cf. 1Cor 11,23-26; 15,3-11), catálogos de virtudes y vicios (cf. Ga 5,19-26; Rm 1,29-31; 13,13), himnos litúrgicos (Flp 2,6-11), entre otros. Cf. B. Witherington III, *New Testament Rhetoric,* 114.

[20] Cf. L.T. Johnson - M.M. Mitchell - D.P. Moessner, ed., *Contested Issues,* 318.

[21] Cf. G. Biguzzi, *Paolo, comunicatore,* 53-54. C. Pellegrino, *Paolo, servo di Cristo,* 23.

[22] «Se dice que un escrito es auténtico cuando el que lo firma o lo publica es verdaderamente su autor. En caso contrario se habla de inautenticidad o de *pseudoepigrafía.* Así, para muchos exegetas, Colosenses, Efesios y las Pastorales no son auténticas, pues su autor, que se hace pasar por Pablo, no es el apóstol, sino uno de sus colaboradores o de sus discípulos» (J.-N. Aletti, - al., *Vocabulario razonado,* 115).

4. Clasificación de las cartas de San Pablo

Lo primero que debemos hacer para entender la organización de los escritos del apóstol es distinguir entre las *cartas auténticas*[22], que Pablo mismo escribió o dictó, y las *no auténticas,* compuestas por sus discípulos. Aun así, estas últimas también hacen parte de los textos inspirados, es decir, de aquellos considerados Palabra de Dios, aunque no hayan sido escritos/dictados directamente por el Pablo histórico.

Los criterios utilizados por la crítica literaria para establecer esta división entre auténticas y no auténticas se basan, principalmente, en dos tipos de argumentos[23]:

1. *Divergencias de estilo y vocabulario:* este primer criterio tiene su punto de partida en el análisis de la forma de escribir, los términos empleados, la frecuencia de ciertas palabras y el modo de argumentar. Veamos algunos ejemplos: en las denominadas «pastorales», *cartas no auténticas,* son empleadas expresiones como «sana doctrina», «guardar el depósito de la fe», etc. (1Tm 6,20; 2Tm 1,13-14), que no aparecen en las *cartas auténticas*. Asimismo, en 1Tm 3,1-13 y Tito 1,5-9, los discípulos de Pablo describen detalladamente los requisitos para los ministerios del episcopado, presbiterado y diaconado. Dichos requisitos, así como los ministerios mencionados no tienen mayor relevancia en las *cartas auténticas*.

2. *Divergencias teológicas:* este segundo criterio se refiere a la variación en la manera de entender determinados aspectos doctrinales y en la importancia que se les atribuye. Unos cuantos ejemplos permitirán entender mejor este asunto. Un argumento clave en algunas *cartas auténticas* es la parusía o segunda venida de Cristo (1Ts 4,13-18; 1Cor 7,2). Allí esta realidad aparece como algo inminente. En 2Ts, *carta no auténtic*a, contemplamos algo diferente: antes del regreso del Mesías, aparecerán la apostasía, «el hombre impío, el hijo de perdición, el adversario» (2Ts 2,3-4). Esto, claramente, postergará la venida de Cristo.

En Romanos y Gálatas, *cartas auténticas,* la cuestión de la justificación por la fe y su relación con la ley mosaica ocupa un lugar destacado (Rm 3,21-28; 5,1-2; Ga 2,15-16; 5,4-6). En cambio, en Efesios y Colosenses, *no auténticas,* dicha cuestión ha perdido relevancia: el énfasis se desplaza hacia la reconciliación universal, la unidad cósmica en Cristo, la supremacía cristológica sobre toda creatura (Ef 1,9-10; 2,14-16; Col 1,19-20; 2,13-15). Efesios y Colosenses reflejan un contexto eclesial donde las controversias en torno a la ley y a la justificación ya no son tan recurrentes.

Cabe recordar aquí que, cuando se formó el canon del Nuevo Testamento, no interesaba tanto si las cartas eran o no auténticas. Tres fueron los principales criterios usados para incluirlas en el canon:

1. Su vínculo con el pensamiento original de Pablo, es decir, que recogieran y expresaran las enseñanzas del tarsiota.

2. La inspiración de su contenido, no contrario a las verdades fundamentales (como, por ejemplo, la resurrección de Jesucristo) creídas y enseñadas por los apóstoles anteriores o contemporáneos a Pablo.

3. Su uso en las asambleas litúrgicas, especialmente en la eucaristía.

Clasificación de las cartas de San Pablo

4.1. Cartas protopaulinas[24]

Hacen parte de las denominadas cartas *auténticas*. Escritas por Pablo o dictadas personalmente por él. En orden canónico[25] son: Romanos, 1Corintios. 2Corintios, Gálatas, Filipenses, 1Tesalonicenses, Filemón.

4.2. Cartas deuteropaulinas[26]

Su autenticidad es muy discutida. Contienen material paulino, pero presentan problemas de atribución por razones históricas, teológicas y de estilo. En orden canónico son: Efesios, Colosenses y 2Tesalonicenses.

4.3. Cartas tritopaulinas o Pastorales[27]

La mayoría de los estudiosos reconoce que no fueron escritas o dictadas por Pablo, sino redactadas, unas dos décadas después de la muerte del apóstol, por algunos de sus discípulos. En orden canónico son: 1Timoteo, 2Timoteo y Tito.

4.4. ¿Cartas perdidas?

¿Además de las cartas que tenemos en la Biblia, el apóstol escribió otras misivas que no se han conservado? Los estudiosos suelen hablar de varias cartas perdidas[28]. El propio Saulo Pablo deja constancia de su existencia al referirse, en los textos canónicos, a contenidos que no figuran en las epístolas que hoy poseemos. Una de estas cartas perdidas es citada en 1Cor 5,9-11:

> Al escribirles en mi carta que no se relacionaran con los impuros, no me refería a los impuros de este mundo en general o a los avaros, a ladrones o idólatras. De ser así, tendrían que salir del mundo. ¡No!, les escribí que no se relacionaran con quien, llamándose hermano, es impuro, avaro, idólatra, difamador, borracho o ladrón. Con ésos ¡ni comer!

[23] Cf. A. Piñero, *Guía para entender el Nuevo Testamento,* 253-254.

[24] «Los exegetas llaman protopaulinas a las cartas reconocidas como propias de Pablo y, por tanto, consideradas como auténticas» (J.-N. Aletti, - al., *Vocabulario razonado,* 116).

[25] Cuando se habla de «orden canónico» se refiere al orden en el que encontramos los libros en las Biblias impresas.

[26] «Se llaman deuteropaulinas (en griego deutero, "segundo") a las cartas a los Colosenses, a los Efesios y 2Tesalonicenses, porque su autenticidad es discutida, y porque para numerosos exegetas Pablo no sería su autor. Pero pertenecen a la tradición paulina, por lo que se ha convenido en llamarlas *deuteropaulinas*» (J.-N. Aletti, - *al., Vocabulario razonado,* 115).

[27] «Las *tritopaulinas* (en griego trito, "tres") son las Cartas pastorales, dicho de otra manera, 1 y 2 Timoteo y Tito. Muchos piensan que no son del propio Pablo […] y, como retoman y prolongan manifiestamente la tradición paulina, siendo mucho más recientes que las deuteropaulinas, se les llama *tritopaulinas*» (J.-N. Aletti, - *al., Vocabulario razonado,* 117).

[28] Cf. Jordi Sánchez Bosch, *Escritos paulinos*, IEB 7, 196.225.395; Claudio Basevi, *Introducción a los escritos de San Pablo,* 71.137.

¿De cuál carta está hablando aquí el apóstol? Evidentemente, se trata de un escrito anterior a la misiva que hoy denominamos Primera Corintios. En realidad, esta última es la segunda epístola que envío Pablo a los cristianos de la capital de Acaya. La primera se ha extraviado[29].

La otra misiva perdida es nombrada en 2Cor 2,4; 7,8-9:

> Efectivamente, les escribí en una gran aflicción y angustia de corazón, con muchas lágrimas, no para entristecerlos, sino para que conocieran el amor desbordante que a ustedes les tengo […] Porque si los entristecí con mi carta, no me pesa. Y si me pesó —pues veo que aquella carta los entristeció, aunque no fuera más que por un momento — ahora me alegro. No por haberlos entristecido, sino porque aquella tristeza los movió a arrepentimiento. Pues se entristecieron según Dios, de manera que de nuestra parte no han sufrido perjuicio alguno.

La carta a la cual alude Pablo no es Primera Corintios, ni tampoco Segunda Corintios, ya que ninguna de las dos contiene motivos suficientes para justificar las lágrimas del apóstol o la profunda tristeza de sus destinatarios. Todo indica que se trata de otro escrito al que los estudiosos han denominado «la carta de las muchas lágrimas» y cuyo paradero actual se desconoce[30].

Quizá alguno podría preguntarse: *¿Y si se llegasen a encontrar estas cartas qué sucedería? ¿Se incluirían en el canon?* Ciertamente, sería un material supremamente valioso que aportaría muchos elementos a los estudios en torno al apóstol Pablo. Sin embargo, no se incluirían dentro de los libros que ahora conforman nuestras Biblias. La Iglesia, después de una larga historia de discusiones en torno a los libros que debían ser considerados como inspirados por Dios, solemnemente definió el canon bíblico en la sesión IV del Concilio de Trento, el 8 de abril de 1546[31]. La enseñanza tridentina ha sido confirmada por el Concilio Vaticano II[32] y por el Catecismo de la Iglesia Católica[33].

4.5. Algo más acerca de las Cartas

Existe una «carta» que por mucho tiempo fue considerada paulina: Hebreos. Hasta hace algunos años, se le llamaba «carta de san Pablo a los Hebreos». Esta manera de denominarla no es correcta:

- No es obra de san Pablo apóstol, su autor es anónimo.
- No está dirigida a los hebreos, sino a los judeo-cristianos.
- No es una epístola, pertenece al género literario de la homilía.

Algunas cartas del Corpus Paulinum son llamadas Cartas de la cautividad, ya que, tradicionalmente, se afirma que fueron escritas por Pablo desde la prisión: Filipenses (1,13), Filemón (vv. 1.10.13), Colosenses (4,18) y Efesios (3,1; 4,1).

[29] Algunos estudiosos piensan de modo distinto y presentan esta hipótesis: el texto de la supuesta carta perdida pudo haber sido insertado en la actual Primera Corintios por un redactor que, a finales del s. I, recogió en un solo *Corpus* las cartas de Pablo. La supuesta carta perdida se encontraría en 1Cor 6,1-11; 11,2-34 y cap. 15. Esta hipótesis, aunque sugestiva, está toda por demostrarse. Lo cierto es que leyendo el texto antes citado (1Cor 5,9-11) podemos entender parte del contenido o temática de aquella misiva extraviada, a saber una seria *preocupación pastoral de Pablo de cara a la vida moral de sus discípulos en Corinto.*

[30] Algunos estudiosos creen que se trata de los capítulos del 10 al 13 de 2Corintios.

[31] Cf. Decretum primum. *Recipiuntur libri sacri et traditiones apostolorum.*

[32] Cf. *Dei Verbum 8.*11.20.

[33] Cf. *CEC* 120.

5. Las cartas protopaulinas [34]

A continuación realizaremos un breve recorrido por las cartas auténticas. Nuestro propósito es explicar con claridad dos cosas: primero, por qué Pablo escribió o dictó cada carta; y segundo, cuáles son los temas principales que él trata en ellas :

1 Tesalonicenses	50-51 d.C. enviada desde Corinto
1 Corintios	52-53 d.C. enviada desde Éfeso
2 Corintios	54-55 d.C. enviada desde Filipos
Gálatas	55-56 d.C. enviada desde Corinto o desde Éfeso
Romanos	56-57 d.C. enviada desde Corinto
Filemón	59-61 d.C. enviada desde Roma
Filipenses	61-62 d.C. enviada desde Roma

5.1. Primera de Tesalonicenses

Como bien sabemos, estamos de cara a la primera misiva enviada por Pablo a una de sus comunidades. Es este el primer escrito del Nuevo Testamento. En él se desarrolla por vez primera uno de los argumentos esenciales de la predicación paulina: el regreso definitivo del Señor Jesucristo.

¿Qué llevó al apóstol a escribir esta carta? Lucas, en el segundo volumen de su obra, nos cuenta que, durante el segundo viaje misionero paulino (Hch 15,36-18,22), y después de la no fácil primera evangelización de Filipos (Hch 16,11-40), Pablo y Silas «atravesando Anfípolis y Apolonia llegaron a Tesalónica, donde los judíos tenían una sinagoga» (Hch 17,1). Con ellos iba también Timoteo (Hch 17,14; 1Ts 3,1-3.6). Tesalónica era la capital de la provincia griega llamada Macedonia. Estamos, posiblemente, a finales de la década de los 40.

En esta ciudad, la predicación de Pablo logró que un cierto número de judíos y numerosos griegos temerosos de Dios, entre los cuales había «no pocas de las mujeres principales» (Hch 17,4b), aceptaran a Jesús como Mesías y como Salvador. De esta manera nació una nueva comunidad paulina (1Ts 2,13).

Ante estos hechos, la reacción de los judíos no se hizo esperar: «llenos de envidia, reunieron a gente maleante de la calle, armaron tumultos y alborotaron la ciudad. Se presentaron en casa de Jasón buscándolos para llevarlos ante el pueblo» (Hch 17,5). Jasón era un judío simpatizante del evangelio, en cuya casa se albergaba el apóstol con sus acompañantes. La persecución judía obligó al equipo misionero a trasladarse a la ciudad de Berea (Hch 17,10). La imprevista partida de Pablo y de sus compañeros tuvo, como era de esperarse, un impacto dramático en la comunidad de los discípulos que, repentinamente, se halló sola y afrontando «persecuciones y sufrimientos» que ponían a prueba, duramente, su fe y su persistencia (2Ts 1:4; cf. 1Ts 3:3) [35].

[34] Seguiremos aquí el orden cronológico propuesto por A. Pitta, *L'evangelo di Paolo,* 64.

[35] M. Holmes, 1 y 2 Tesalonicenses, NVI, 20.

Las cartas protopaulinas

Desafortunadamente, la persecución no acabó con la fuga a Berea:

> «Cuando los judíos de Tesalónica se enteraron de que también en Berea había predicado Pablo la Palabra de Dios, fueron también allá, y agitaron y alborotaron a la gente. Los hermanos entonces hicieron marchar a toda prisa a Pablo hasta el mar; Silas y Timoteo se quedaron allí. Los que conducían a Pablo le llevaron hasta Atenas y se volvieron con una orden para Timoteo y Silas de que fueran adonde él lo antes posible» (Hch 17,13-15).

Tiempo después, Silas y Timoteo se reunieron con Pablo en Atenas. Allí el apóstol les expuso su gran deseo de volver a Tesalónica. No pudiéndolo hacer, decidió enviar a Timoteo (1Ts 2,17-3,3). Días más tarde, el apóstol se desplazó a Corinto. En esta ciudad pudo reunirse con quien volvía de Tesalónica trayéndole buenas noticias (Hch 18,5). Timoteo le informó que los tesalonicenses se mantenían firmes en la fe, la esperanza y la caridad. Sin embargo, se sentían turbados de cara a cuestiones concernientes al destino final de los creyentes que ya habían fallecido y a la segunda venida de Jesús: *¿cuándo y cómo será?*

El informe presentado por Timoteo y la imposibilidad de Pablo de volver prontamente a Tesalónica dieron origen a Primera Tesalonicenses. En esta carta el apóstol felicita a sus destinatarios por «la obra de su fe, los trabajos de su caridad, y la tenacidad de su esperanza en Jesucristo» (1Ts 1,3). Además, les explica todo lo relacionado con el inminente regreso de Jesús y la resurrección de los que duermen (1Ts 4,1-5,11). El punto fundamental para comprender ambos acontecimientos es la resurrección de Cristo.

5.2. Primera Corintios

Pongamos ahora nuestra mirada en la iglesia corintia. A ella van dirigidas varias cartas. Existe más correspondencia paulina con Corinto que con cualquier otra iglesia. En cuanto al número de misivas intercambiadas, se cree que fueron unas cinco o seis[36]; en el canon del Nuevo Testamento conservamos únicamente dos.

El capítulo 18 del libro de los Hechos de los Apóstoles nos informa acerca de la visita y estadía de Pablo en la capital de la provincia de Acaya. Se cree que, poco después del año 50 d.C., «Pablo salió de Atenas y se dirigió a Corinto» (Hch 18,1). Entre los atenienses el apóstol había logrado hacer muy poco (Hch 17,34), por esta razón, algunos piensan que su llegada a Corinto estuvo acompañada de un doble sentimiento: de una parte, el desánimo y la desilusión y, de otra, la esperanza de que en esta metrópoli las cosas marcharían de otro modo[37]. Tal vez el apóstol no llegó solo a la ciudad, sino acompañado de un grupo de discípulos[38].

Desde el principio de su estadía en Corinto, Pablo buscó trabajar con sus propias manos, como cualquier otro habitante de la región (1Cor 4,12). Aquila y Priscila lo acogieron en su em-

[36] Cf. R.E. Brown, *An Introduction,* 515.541-544.548-549.

[37] Cf. C. Erdman, *La Primera Epístola,* 9.

[38] Al respecto, J. Sánchez Bosch escribe: «La evidente movilidad de Aquila y Prisca, la presunta de Sóstenes, nos lleva a creer que Pablo se presentó en Corinto con todo un equipo de colaboradores. Sobre todo, la familia de Estéfanas, a la que llama "primicias de Acaya", que "se han entregado al ministerio" (cf. 1Cor 16,15). Lo decimos porque las "primicias de Acaya" debían de proceder de Atenas, donde Pablo había evangelizado antes, y no de Corinto» (ID., *Nacido a tiempo*, 133).

presa de elaboración de cuero y de tiendas y lo hospedaron en su casa (Hch 18,3)[39]. Este modo de proceder del apóstol no era nuevo; en Tesalónica había hecho lo mismo (1Ts 2,9). En la capital de Acaya, a excepción de la colecta organizada para socorrer a la iglesia de Jerusalén, Pablo no estaba dispuesto a aceptar ningún tipo de ayuda económica, a pesar de ser consciente de que, por el hecho de predicar el evangelio, tenía derecho a recibir un salario (1Cor 9,11-15)[40].

Cada sábado discutía con judíos y paganos en la sinagoga, tratando de convencerlos de que Jesús era el Mesías (Hch 18,4-5). Poco tiempo después, debido a la oposición y a las injurias de algunos de la sinagoga (Hch 18,6), decidió seguir anunciando la Palabra de salvación en la casa de un hombre llamado Ticio Justo, un pagano que «adoraba a Dios» (Hch 18,7). El éxito alcanzado por el apóstol suscitó la envidia de los judíos, que empezaron a buscar la manera de inducir al procónsul Galión, hermano mayor de Séneca, para que prohibiera la predicación de Pablo, argumentando que el mensaje por él difundido iba contra la ley[41]. Por fortuna, el gobernante, viendo que se trataba de una discusión religiosa, se negó a intervenir (Hch 18,15-16).

Pablo «se quedó allí un año y medio enseñando a los corintios el mensaje de Dios» (Hch 18,11)[42], tiempo suficiente para lograr que se estableciera una comunidad de discípulos en esa ciudad.

Con ninguna otra comunidad tuvo Pablo tantos problemas como con los corintios. En esta iglesia había divisiones partidistas (1-4), abusos en torno a la cena del Señor (11,17-34), apelación a tribunales paganos (6,1-11), inmoralidades sexuales (6,12-20), mal uso de los dones y carismas (12-14), etc.

Para dar respuesta a estas complejas realidades el apóstol redactó lo que hoy conocemos como Primera Corintios, cuya *propositio generalis* o tesis fundamental es: «No me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo» (v. 17). Como puede apreciarse, esta tesis aborda dos cuestiones fundamentales: la misión del apóstol (v. 17a) y el papel de la cruz (v. 17b).

[39] R.F. Hock ha escrito un libro que tiene como argumento central la labor de Pablo como fabricante de tiendas de cuero; varias páginas son dedicadas al material usado por el apóstol en su trabajo. En opinión del estudioso, Pablo se entregó a este oficio no tanto para observar o seguir un ideal rabínico, que presentaría la importancia de combinar el estudio de la Torah con la práctica de un oficio —Hock cree que un ideal así sería posterior a la época paulina— ni tampoco a razón de una personal visión positiva del trabajo —Hock sostiene que el apóstol veía el trabajo muchas veces como sinónimo de explotación, esclavitud y humillación— sino más bien como una ocasión propicia para conocer la realidad de quienes lo rodeaban y así poderles exponer el mensaje de salvación de un modo más directo y concreto. Además, el hecho de trabajar le permitió ser, a diferencia de otros predicadores de su tiempo, un apóstol que anunciaba gratuitamente el evangelio. No tenía necesidad de recibir salario alguno como contraprestación a su labor evangelizadora. Finalmente, Hock sostiene que Pablo, motivado por la difícil realidad laboral de su entorno, se sintió atraído por las obras del filósofo griego Dion Crisóstomo, que ya circulaban en ese entonces en diversos lugares del Imperio, en las que el autor critica el actuar injusto y despótico de los potentados. Cf. ID., The Social Context, 11-25.66-68.

[40] Algunos exégetas consideran este comportamiento de Pablo como una prueba de las tensiones existentes entre él y la iglesia de Corinto. Ciertamente esta actitud del apóstol, que no quería deber nada a nadie (cf. Rm 13,8), significó una gran ofensa para los corintios, tanto que en 2Cor (cf. 11,8-9; 12,13) se vio obligado a ofrecer algunas aclaraciones. Cf. U. Schnelle, *Apostle Paul,* 196. En opinión de R. Fabris, la negativa de Pablo, más que querer agraviar a los corintios, representaba un modo de poner en crisis la relación de patronato — el círculo patrón-cliente — que algunos cristianos prestantes de la ciudad querían establecer con él. Cf. ID., *Prima lettera ai Corinzi,* 28. Véase también: R. Fabris, «Chiesa», 43.

[41] No sabemos si la acusación de los judíos hace referencia a sus leyes o a las leyes romanas.

[42] Pablo, junto con el anuncio del evangelio, transmitió a los corintios algunas tradiciones litúrgicas proto-cristianas ya consolidadas como, por ejemplo, el bautismo (cf. 1Cor 1,13; 12,13) y la cena del Señor (cf. 1Cor 11,23ss). Cf. G. Barbaglio, *La Prima Lettera ai Corinzi,* 25.

En los primeros cuatro capítulos de la misiva (1,18-4,21), frente a una iglesia donde había, de forma preocupante, desórdenes y escándalos, donde la comunión estaba amenazada por partidos y divisiones internas que ponían en peligro la unidad del Cuerpo de Cristo, Saulo Pablo se presenta no con sublimidad de palabras o de sabiduría, sino con el anuncio de Cristo Crucificado. Su fuerza no es el lenguaje persuasivo sino, paradójicamente, la debilidad y la humildad de quien confía sólo en el «poder de Dios» (1Cor 2,1-5). Pablo sabe muy bien que es la cruz la que permite la unidad de los corintios. No tienen sentido las facciones que se han formado entre ellos, porque quien salva es únicamente Cristo Crucificado: sólo él nos ha redimido, sólo en él hemos sido bautizados. Frente a esta verdad ningún mortal puede gloriarse. Por esta razón Pablo pregunta: «¿Está dividido Cristo? ¿Acaso fue Pablo crucificado por ustedes? ¿O han sido bautizados en el nombre de Pablo?» (1,13).

En los tres capítulos siguientes (5,1–7,40), buscando contrarrestar los escándalos de índole sexual, Pablo enseña a sus destinatarios la manera correcta de vivir la sexualidad, el matrimonio y la virginidad. Para el apóstol era inadmisible que los corintios asumieran una actitud permisiva de cara a uno de los hermanos de comunidad que tenía una conducta reprochablemente inmoral (5,1-13). Pablo también los reprende por recurrir a tribunales paganos en algunos pleitos entre los miembros de la iglesia (6,1-11).

A continuación, el remitente centra su atención en los banquetes paganos y en la cena del Señor (8,1–11,34). Él explica a los corintios cuál debía ser su relación con la carne ofrecida a los dioses falsos (8,1–11,1). Nótese que para el apóstol el criterio fundamental era el de no escandalizar jamás a los hermanos más débiles (1Cor 8,9-13). Luego les recuerda el modo correcto de celebrar la cena del Señor (11,17-34), que debía conducir a la unidad de todos y no a particiones e insultos, como, amargamente, venía ocurriendo.

Inmediatamente después, Pablo trata el argumento de los dones, ministros-ministerios y actividades que el Espíritu Santo origina en la Iglesia (12,1–14,40). El apóstol deseaba que los corintios valoraran correctamente y ejercitaran adecuadamente las gracias que de Dios habían recibido, para el bien de toda la iglesia. Por esta razón, les recuerda que por encima de todo tenía que estar siempre la caridad: este era el criterio fundamental para vivir las manifestaciones del Espíritu de Dios en la comunidad (12,31b–13,13).

Finalmente, Pablo proporciona a los corintios una extensa explicación acerca de la resurrección de los muertos (15,1-58). Ésta es un efecto maravilloso de la resurrección de Jesucristo (1Cor 15,20-28).

5.3. Segunda Corintios

Muchos llaman a esta carta «la apología del apostolado paulino», debido a los múltiples conflictos que tuvo que afrontar Pablo en torno a la autenticidad de su apostolado[43]. Un sector considerable de la comunidad corintia, incitado por los contrincantes del apóstol, se atrevió a poner en tela de juicio la legitimidad tanto de su enseñanza como de su actuar personal. Es esta la razón por la cual la presente epístola tiene un fuerte acento apologético.

Otros estudiosos prefieren denominarla «las confesiones de Pablo», pues en ella, más que en cualquier otro escrito paulino, el apóstol revela abiertamente cuánto tuvo que padecer por la causa de Cristo. Y, justamente, son estos sufrimientos los que confirman que él es un genuino apóstol del Mesías.

Hagámonos aquí una pregunta: ¿Estamos de cara a una única carta escrita o dictada de un tirón por el apóstol o, por el contrario, se trata de un escrito que integra dos o más misivas enviadas sucesivamente por Pablo a la iglesia con la que más conflictos tuvo?

Aquí nos inclinamos a pensar en lo segundo: esta epístola integra dos cartas originalmente independientes[44]. Veamos a continuación las circunstancias concretas que llevaron a Pablo a escribir ambas misivas.

Durante su tercer viaje misionero, hacia el año 55 aproximadamente, Pablo tuvo ocasión de visitar nuevamente la capital de Acaya, con el fin de fortalecer la fe de los hermanos de este lugar. A diferencia de la primera visita – ocurrida durante el segundo viaje misionero – el encuentro con esta comunidad no fue del todo positivo, debido a que el propio Pablo o uno de sus acompañantes fue objeto de una ofensa pública por parte de un miembro de la iglesia (2Cor 2,5-8). Al parecer, los hermanos no reaccionaron inmediatamente ante este hecho bochornoso, situación que llevó al tarsiota a abandonar Corinto y regresar a Éfeso. Desde allí – como él mismo lo dice: «con gran aflicción y angustia de corazón, con muchas lágrimas» (2Cor 2,4) – escribió una carta que hizo llegar a los corintios, a través de Tito. Este escrito, mencionado, como bien sabemos, en 2Cor 2,4 y 7,8-16, se conoce como la «carta de las muchas lágrimas».

Poco después, Pablo partió con rumbo a Tróade (2Cor 2,12), con la esperanza de reencontrarse allí con Tito, que debía traer noticias de los de Acaya. Lamentablemente, este encuentro no se produjo.

De Tróade, Pablo se trasladó a Macedonia (2Cor 2,13), muy probablemente a Filipos. Allí encontró a Tito, quien le dio noticias positivas de la comunidad corintia (2Cor 7,6-7): los discípulos estaban sinceramente arrepentidos por el trato que habían dado al apóstol y, además, habían castigado al ofensor.

Una vez escuchado el informe consolador de Tito, Pablo, lleno de gozo, decidió enviarles una nueva carta, denominada «la de la reconciliación», que correspondería a los primeros nueve capítulos de la actual Segunda Corintios. Aquí se puede constatar el inmenso deseo del apóstol de rehacer definitivamente las buenas relaciones con los hermanos de Corinto.

Sin embargo, cuando parecía haberse restablecido la armonía, surgieron nuevamente divisiones provocadas por unos personajes apodados por Pablo «los superapóstoles» (2Cor 11,5-6), procedentes de Judea, posiblemente respaldados por los jefes de la iglesia de Jerusalén. Estos cuestionaron severamente el ministerio apostólico de Saulo, acusándolo de ser agresivo en sus escritos y muy débil en su presencia física (2Cor 10,10); de carecer del nivel intelectual suficiente para debatir con ellos (2Cor 11,6) y de usar con fines personales la colecta económica en favor de Jerusalén (2Cor 12,17-18).

Los «superapóstoles» lograron convencer a un buen número de corintios, los cuales asumieron una actitud de total desconfianza de cara a su padre y fundador. Esto ocasionó que Pablo les enviara un nuevo escrito, conocido como la «carta polémica», que va del capítulo 10

[44] Para la exposición de la hipótesis de las dos cartas nos basamos principalmente en A. Pitta, *L'evangelo di Paolo,* 151-153.

hasta el capítulo 13 de la actual Segunda Corintios. Aquí, él defiende vigorosamente su apostolado y les echa en cara la facilidad con que se dejaron engañar por sus adversarios. Estamos a finales del tercer viaje misionero.

Antes de concluir este acercamiento a Segunda Corintios, vale la pena dejar claro que aún no se ha dicho la última palabra sobre esta posibilidad que hemos expuesto, de dos o más cartas reunidas en una. La cuestión sigue abierta. Lo cierto es que los más antiguos manuscritos que poseemos transmiten esta epístola como un escrito unitario. Así la ha leído la Iglesia a lo largo de la historia y así podemos seguir leyéndola también nosotros hoy.

5.4. Gálatas

En Ga 4,12-20 encontramos información importante sobre el contexto en el que Pablo llegó a la extensa región de Galacia, situada en el Asia Menor, en la planicie central de la actual Turquía. Fue una enfermedad la que lo llevó a detenerse un tiempo entre los gálatas y le proporcionó la oportunidad de predicarles el evangelio. Aunque no sabemos con certeza qué enfermedad padeció, lo cierto es que los gálatas –en palabras del mismo apóstol– lo acogieron con alegría, como a «un ángel enviado por Dios» (Ga 4,14) y se adhirieron con entusiasmo a su buena noticia. Los evangelizados por Pablo eran de origen pagano, no judíos (Ga 4,8). Esta primera visita ocurrió durante el segundo viaje misionero (Hch 16,6).

Con ocasión de la tercera expedición evangelizadora, el tarsiota hizo una segunda visita a la región de Galacia (Hch 18,23). Él se alegró enormemente de que la situación de los gálatas, en cuanto a su fe en Cristo, fuera muy positiva. Sin embargo, concluida esta visita, estando en Corinto o en Éfeso, recibió inquietantes informes sobre la comunidad: los gálatas se habían dejado cautivar y engañar por algunos adversarios del apóstol (Ga 1,6-9; 3,1-2), los mismos que en Antioquía habían inducido a Pedro a la simulación (Ga 2,11-14) y que exigían la sumisión estricta a la ley de Moisés, especialmente en lo relativo a la práctica de la circuncisión, como requisito indispensable para una plena adhesión a Cristo. Además, estos «falsos hermanos» instaban a observar muy devotamente ciertos días o tiempos del calendario (Ga 4,10) y enseñaban que Pablo no era un verdadero apóstol, pues no hacía parte del grupo de los Doce y predicaba algo contrario a la verdad: *que los gentiles convertidos a Jesucristo no tenían necesidad de cumplir todos los mandamientos de la Torah.*

Viéndose imposibilitado para volver a Galacia, el tarsiota decidió enviar una carta a los hermanos de toda esta región, con el fin de frenar su apego a las falsas doctrinas que ahora circulaban entre ellos.

En contraste con las otras epístolas paulinas auténticas, esta carta carece del habitual agradecimiento inicial. En lugar de ello, Pablo abre su escrito con un tono severo y contundente, llamando inmediatamente la atención a los gálatas por haber abandonado con tanta rapidez el evangelio por él predicado (Ga 1,6-10). Este dato nos permite comprender cuán decepcionado se sentía el apóstol al momento de redactar esta misiva. Le era difícil entender con cuánta facilidad sus contrincantes habían logrado confundir y desviar a los que él había evangelizado.

Seguidamente, Pablo realiza una vigora defensa de la autenticidad de su evangelio (1,13–2,21). Él está plenamente convencido de que es un apóstol llamado y enviado por Dios — no por los hombres — a anunciar a Jesucristo entre los paganos (1,15-16). Así lo han reconocido los mismos dirigentes de la iglesia madre jerosolimitana (Ga 2,1-14).

Después de esta defensa, relata algunos acontecimientos de su vida: su anterior fanatismo judío, que le llevó a perseguir a la Iglesia de Dios (1,13-14); su encuentro en Jerusalén con quienes eran considerados «columnas de la Iglesia» (2,1-9); su enfrentamiento con Pedro en Antioquía de Siria (2,11-14).

A partir de Ga 2,15, Pablo centra su atención en el tema fundamental de esta epístola: las condiciones necesarias para alcanzar la justificación. Este argumento tendrá un desarrollo más extenso en la carta a los Romanos. Pablo nunca plantea la abolición completa de la ley mosaica, sino que relativiza su valor, indicando que la justificación se obtiene única y exclusivamente a través de Cristo (Ga 2,16; 3,10-11.24-26; 5,4-6) y es conferida a todos los seres humanos que abrazan la fe en el Señor Jesús (Ga 3,27-29).

Lo que sí rechaza enérgicamente es lo que se conoce como «las obras de la ley» (Ga 2,16; 3,2.5.10), o sea, aquellas interpretaciones de la Torah que, en muchas ocasiones, adquieren fuerza normativa y que llegan a ser como una especie de condición esencial para formar parte del pueblo de Dios. Según Pablo, dichas interpretaciones desvían del verdadero sentido y propósito fundamental de la Torah, que consiste en vivir en libertad bajo el amor (Ga 5,13-14). Es para esta libertad que Cristo nos ha liberado (Ga 5,1).

En lugar de «las obras de la ley», el tarsiota propone la «ley de Cristo» (Ga 6,2), que no consiste en una nueva serie de preceptos dados por el Mesías, sino en la vivencia auténtica y profunda del núcleo esencial de la Torah: *la caridad* (Ga 5,6).

Para Pablo, creer en Jesucristo, el auténtico descendiente de Abraham (Ga 3,16), es lo que hace a los creyentes verdaderos hijos del patriarca y, en consecuencia, hijos adoptivos de Dios (Ga 3,26.29; 4,7). Esta filiación divina permite que los fieles mantengan una relación cercana y afectuosa con Dios, pudiendo llamarlo confiadamente «Abbá», es decir, «Padre» (Ga 4,6).

En todo esto el Espíritu Santo desempeña un papel decisivo (Ga 4,6). Es gracias a su presencia y acción en los creyentes que la justificación y la filiación divina se convierten en experiencias reales y vitales (Ga 3,2-3; 5,5). El Espíritu Santo es quien confirma en el interior del discípulo su realidad de hijo adoptivo de Dios (Ga 4,6-7). Además, es él quien impulsa y orienta la vida cristiana auténtica, en el amor y en la libertad plena (Ga 5,16-18.22-25).

5.5. Romanos[45]

Llegamos a la carta más citada y comentada del *Corpus Paulinum* y de toda la Sagrada Escritura; el escrito más significativo y extenso de Saulo Pablo[46]. Tanto en los manuscritos más antiguos como en las Biblias contemporáneas ocupa siempre el primer lugar dentro de las cartas del apóstol de las gentes[47]. Esto no significa que haya sido la primera en escribirse, sino la consi-

[45] Para el estudio de esta carta nos basamos principalmente en la introducción que ofrece R. Penna, *Carta a los Romanos. Introducción, versión y comentario*, 23-82.

[46] Es la carta más larga del Nuevo Testamento y una de las más extensas de toda la antigüedad.

[47] En el código Sinaiticus, del s. IV d.C., Rm aparece inmediatamente después de los cuatro evangelios, o sea, en el quinto lugar del Nuevo Testamento.

derada como la más importante. En efecto, Romanos fue redactada a finales del tercer viaje misionero de San Pablo. «Desde Jerusalén — testimonia el apóstol — y por los alrededores hasta Ilírico, todo lo he llenado del evangelio de Cristo» (Rm 15,19). Ahora, poco antes de su arresto en la ciudad sagrada (Hch 21,27-36), decide componer su *magnum opus*[48].

Un detalle interesante es que el *Canon Muratori*[49] coloca esta misiva entre las últimas del epistolario paulino; su orden «canónico» es: 1Cor, 2Cor, Ef, Flp, Col, Ga, 1Ts, 2Ts, Rm, Flm, Tt, 1Tm, 2Tm.

La presente epístola está conformada por 16 capítulos, 433 versículos y 7111 palabras. Se trata del menos circunstancial[50] y, a la vez, el más teológico de los escritos de Pablo. El tarsiota recoge aquí puntos cardinales de su teología, varios de ellos expuestos en otras de sus misivas, como, por ejemplo, la relación de los gentiles y los israelitas, y la salvación de ambos pueblos (1Cor 6,1-8; Ga 4,21-31; Rm 9—12); la justificación por la fe en Cristo Jesús (Ga 3—4; Flp 3,9; Rm 1—4; 9—10); Abraham como padre de la fe (Ga 3,16-18; Rm 4); la unidad y la diversidad en la Iglesia: dones, carismas, ministerios (1Cor 1—4; 12—14; Rm 12,3-12; 13,8-10; 14—15). Desconocemos las razones por las cuales el apóstol no abordó aquí temas tan importantes como la eucaristía, la escatología y otras cuestiones tratadas en sus principales escritos.

Cuando el apóstol redactó esta carta aún no había ido a Roma (Rm 1,10-11). Él se había propuesto muchas veces viajar a la capital del Imperio (Rm 1,13.15; 15,23b), pero no lo había logrado. Ahora, que tenía en mente ir a España, en busca de nuevos terrenos para seguir sembrando la semilla del evangelio en Occidente (Rm 15,20.23a), veía la oportunidad de detenerse un tiempo en la ciudad de los césares y compartir algunas experiencias de fe con los cristianos allí residentes (Rm 15,24.28).

Mucho antes de que el apóstol llegara al corazón del Imperio ya existían comunidades cristianas en este lugar (Rm 15,23). Esto significa que Saulo Pablo no fue el fundador de estas congregaciones. Acerca de esto, en el *Prólogo del Ambrosiaster*[51] leemos que los romanos habían aceptado la fe en Cristo «incluso sin ver ni signos ni milagros ni alguno de los apóstoles». Entonces ¿quiénes fueron los fundadores de estas iglesias? Muy seguramente, algunos laicos. No es descabellado pensar en Priscila y Aquila (Rm 16,3-4), y en otros cuyos nombres permanecerán siempre velados. Lo que sí es evidente es que los fundadores eran judeocristianos, judíos creyentes en Jesús como el Mesías.

[48] Aunque no tenemos certeza de cuándo fue escrita la epístola a los Romanos, sí sabemos que sucedió después de la redacción de 1 y 2 Corintios, porque en estas dos cartas la colecta para los hermanos de Jerusalén aún está en desarrollo; en Romanos ya ha terminado.

[49] Es un importante documento histórico. Su datación es muy discutida, pero un buen grupo de estudiosos cree que pudo haber sido compuesto a finales del siglo II d.C. (170 – 190). Contine una de las listas más antiguas de los libros considerados como inspirados por Dios. «Este texto, según la tesis tradicional, reproduciría la lista de libros que la iglesia de Roma del siglo II consideraba como canónicos, y entre los que se encuentran todas las cartas de Pablo, con excepción de la Carta a los Hebreos. Su orden "canónico" es: 1Cor, 2Cor, Ef, Flp, Col, Ga, 1Ts, 2Ts, Rm, Fm, Tt, 1Tm, 2Tm» (Juan Luis Caballero, «El canon paulino», *Scripta Theologica* 41 (2009/3) 912).

[50] Esta afirmación no significa que Pablo ignorara los problemas existentes en las comunidades cristianas de Roma. Por el contrario, el apóstol, con esta carta, quiso resolver algunas divisiones que se daban en dichas comunidades, y corregir la actitud negativa de varios cristianos de cara a las autoridades romanas.

[51] Esta obra fue escrita en Roma en época del Papa Dámaso (366-384 d.C.). Presenta el primer comentario a la carta a los Romanos realizado por la misma iglesia de Roma.

Como sucedía en otros lugares del Imperio, las iglesias romanas eran pequeñas comunidades que se daban cita en las casas de algunos de los hermanos más pudientes. En estas asambleas participaban tanto judíos como paganos. En ocasiones, las relaciones entre ambos grupos eran tensas, a causa de algunas diferencias culturales y religiosas. Los provenientes del judaísmo, por ejemplo, seguían observando los preceptos de la Torah en cuanto a la circuncisión, ciertas prácticas alimentarias y determinados días sagrados, mientras que los gentiles no lo hacían (Rm 14,1-5)[52].

¿Para qué escribió Saulo Pablo esta carta? Son varios los motivos que llevaron al apóstol a redactar la presente misiva. En primer lugar, para contribuir a la buena marcha de las comunidades romanas, superando las divisiones que las afectaban (Rm 10,12; 15,7). El apóstol pretendía, igualmente, orientar a los hermanos sobre cómo debían comportarse ante las autoridades civiles, enfatizando la sumisión y el respeto de cara a quienes Dios mismo había puesto al frente de los pueblos (Rm 13,1-7).

En segundo lugar, para darse a conocer ampliamente a estas iglesias[53] y corregir aquellas imágenes distorsionadas que algunos hermanos, tal vez mal informados por los adversarios del apóstol, se habían formado sobre él (Rm 3,8). Puesto que el tarsiota tenía planes de viajar a la ciudad de las siete colinas, convenía que los creyentes que allí residían supieran de antemano quién era verdaderamente Saulo Pablo y en qué consistía el evangelio por él predicado.

En tercer lugar, para pedir ayuda a los cristianos romanos y así poder ejecutar su proyecto de viajar a España (Rm 15,24.28).

Finalmente, para preparar la defensa de su apostolado ante la iglesia madre de Jerusalén [54], a la cual visitaría muy pronto, con el fin de entregar a los santos la colecta realizada en varias congregaciones (Rm 15,25-28; 1Cor 16,1; 2Cor 8—9). Sin duda, la carta a los Romanos representó para Pablo la oportunidad de hacer una "síntesis escrita" de todo cuanto predicaba en muchos lugares del Imperio.

Veamos ahora la organización y el contenido de la obra maestra del gran predicador del siglo I. La epístola se abre con una tesis fundamental, que se irá desarrollando a lo largo de los capítulos sucesivos: «Pues no me avergüenzo del evangelio, que es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree: del judío primeramente y también del griego. Porque en él se revela la justicia de Dios, de fe en fe, como dice la Escritura: "El justo vivirá por la fe"» (Rm 1,16-17). Esta tesis pone de manifiesto la fecundidad salvífica y la universalidad del evangelio predicado por Pablo.

Inmediatamente después, el apóstol describe cómo judíos y gentiles han caído en el pecado (Rm 1,18—3,20). Los primeros porque, aunque son el pueblo elegido, han reducido su relación con Dios a ritos o prácticas meramente externas. Los segundos, porque no han

[52] Cabe recordar aquí que, alrededor del año 49 d.C., el emperador Claudio expulsó a los judíos de Roma (Hch 18,2). Durante ese tiempo, las iglesias romanas quedaron bajo el liderazgo de los gentiles. Cuando los judíos regresaron, a la muerte de Claudio (54 d.C.), encontraron comunidades más "gentilizadas", lo que generó fricciones entre los dos grupos.

[53] Lo que Lucas relata en Hch 28,15 nos permite inferir que este objetivo se cumplió, ya que, a su llegada a Roma, Pablo fue acogido con un verdadero espíritu fraterno por parte de los cristianos de esta ciudad.

[54] Pablo presentía que esta visita a Jerusalén estaría llena de dificultades (Rm 15,30-32). Temía ser rechazado por los judeocristianos y por los judíos que no reconocían aún el mesianismo de Jesús. En efecto, según narra Lucas, en la ciudad sagrada el apóstol fue arrestado, una vez concluido su tercer viaje evangelizador (cf. Hch 21-28).

llegado al conocimiento de Dios, sino que se han quedado en las obras de la creación. Esto los ha llevado a toda clase de pasiones desordenadas, provocando la ira divina.

En definitiva, afirma Pablo, «todos han pecado, judíos y paganos, y están privados de la gloria de Dios» (Rm 3,23). Esta triste constatación pone de manifiesto la absoluta necesidad de la redención obrada por Cristo para alcanzar el perdón y la gracia de Dios (Rm 3,1-31). Esta redención es iniciativa del mismo Señor, la ley no cuenta para nada, ya que ella «se limita a hacernos conocer el pecado» (Rm 3,20). En cambio, la fe sí cuenta, tal y como sucedió en la historia de Abraham (Rm 3,21—4,25), quien fue justificado por fiarse de la Palabra de Dios[55] . ¡Y eso es la fe! La entrega confiada a Dios, autor de la salvación. Es precisamente la fe la que lleva al hombre al encuentro con Jesucristo, «quien fue entregado por nuestros pecados, y fue resucitado para nuestra justificación» (Rm 4,25).

En los capítulos 5—8 Pablo describe en qué consiste esta justificación que es dada a los hombres por Cristo Jesús. Es, ante todo, liberación de aquel escenario negativo que había sido descrito en los primeros capítulos de esta misiva, una situación que, tristemente, regía desde los orígenes del mundo y que encontraba en Adán su más clara personificación: él encarnaba a la humanidad pecadora y destructora del orden establecido por Dios. A este Adán, Pablo contrapone la figura y la obra del Mesías, el cual restaura el orden querido por Dios y devuelve a los hombres la paz, la gracia, la liberación. En Jesucristo, el hombre es creado de nuevo (Rm 5,1—7,6).

La obra justificadora de Jesucristo se hace concreta en los creyentes a través del bautismo (Rm 6,1-11). En este sacramento el creyente muere con Cristo, es sepultado con él y empieza una vida nueva, en la cual el Espíritu de Dios tiene una misión sustancial, pues hace del bautizado un hijo adoptivo del Padre (Rm 8,1-39).

En los tres capítulos sucesivos (Rm 9—11), Saulo Pablo se plantea un interrogante: ¿Qué pasa con Israel? El apóstol expresa su preocupación y tristeza porque sus hermanos de raza y religión no han comprendido ni aceptado la grandeza de la obra de Jesucristo. Sin embargo, él está plenamente convencido de que el Señor no dejará de ayudar a su pueblo (Rm 11,1-2), porque «tanto los dones como el llamamiento de Dios son irrevocables» (Rm 11,29). Israel será un día restaurado por Dios y reconocerá a Jesús como el Mesías.

Toda esta parte doctrinal de la carta concluye con un precioso himno a la sabiduría de Dios, seguido de una doxología (Rm 11,33-36).

A partir del capítulo 12 y hasta el capítulo 15, Pablo hace una aplicación de la doctrina anteriormente expuesta a la vida y conducta del cristiano. Insiste en la importancia de que las comunidades de Roma vivan siempre unidas en la caridad, la humildad y el perdón, superando las divisiones que se han venido presentando.

El capítulo 16 recoge los saludos y las recomendaciones que Pablo dirige a numerosos miembros de las iglesias de Roma[56]. La carta se cierra con una hermosa y muy solemne doxología (Rm 16,25-27).

[55] En la época de Abraham, la ley de Moisés aún no había sido dada a su pueblo.

[56] Algunos estudiosos creen que los versículos 1 al 23 fueron añadidos en una fase posterior a la redacción original de la carta. Sin embargo, no existe evidencia concluyente que respalde esta hipótesis.

5.6. Filemón

De las cartas protopaulinas, la más breve y al mismo tiempo la más personal es la que ahora nos ocupa. Ha sido denominada por muchos la «carta magna de la libertad cristiana».

En tan solo 25 versículos, dictados desde la cárcel[57], Pablo presenta su defensa en favor de un esclavo llamado Onésimo. Al parecer, este había huido tras robar algo a su amo Filemón (v. 18[58]), un cristiano de buena posición social, en cuya casa se congregaba la iglesia de Colosas. Pablo y Filemón se habían conocido en alguno de los viajes misioneros del tarsiota y entre ellos había surgido una relación de afecto y amistad (v. 19). Esta es la razón por la cual el apóstol lo llama «amigo y colaborador» (v. 1).

Onésimo se encuentra asistiendo al apóstol, quien le ha dado a conocer la buena noticia del Mesías Jesús. La carta deja claro que Saulo Pablo tiene la intención de devolver este esclavo a su dueño, tal y como lo ordenaban las leyes del Imperio.

Al momento de redactar esta misiva, el apóstol ya es anciano (así nos lo permite comprender el v. 9). En el mundo antiguo, se consideraba «anciano» a quien tenía entre 50 y 60 años de edad.

Todo en esta carta gira en torno a la manera en que han de relacionarse patrón y esclavo. Para comprender bien el contenido de este escrito, conviene recordar que, en tiempos del tarsiota, la esclavitud estaba muy difundida en el Imperio Romano. Un esclavo era visto como una cosa, de la cual el patrón podía disponer y usar como quisiera. No existía norma alguna que salvaguardara los derechos de los esclavos y, por tanto, que castigara a quienes abusaban de ellos.

La libertad de un esclavo estaba exclusivamente en manos de su señor. No eran pocos los casos en que los dueños concedían la libertad a quienes, por un determinado tiempo, habían trabajado para ellos. Sin embargo, esta libertad no traía nada bueno a quien la recibía. En casa del amo, el esclavo debía trabajar duramente, pero al menos tenía acceso a comida y, generalmente, a un lugar donde dormir. En cambio, una vez en la "libertad", estaba condenado a la más terrible miseria. El hecho de haber sido esclavo impedía conseguir trabajo remunerado. Las puertas de la sociedad se cerraban por doquier a los libertos. Esto explica por qué tantos esclavos, poco tiempo después de ser liberados, decidían volver a someterse a sus antiguos señores en busca de sustento y protección.

A pesar de la complejidad de la situación social, es claro que, con esta carta, Pablo no pretende abolir la esclavitud, sino sencillamente invitar a Filemón (y en él a todos los amos) a acoger a Onésimo, no como un esclavo, sino como un hermano (v. 16). He aquí la propuesta revolucionaria del apóstol. Para él es claro que la fe en Cristo hace que todos los hombres, judíos y gentiles, se reconozcan y acepten como iguales: «ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos ustedes son uno en Cristo Jesús» (Ga 3,28).

[57] Aquí surge una pregunta: ¿De cuál prisión se trata? Hay dos posibilidades: a) La carta fue escrita durante la prisión de Pablo en Éfeso. b) La carta fue escrita durante la prisión de Pablo en Roma. Si fue en Éfeso, la carta tendría que ser datada de mitad de los años 50. Si fue en Roma, a inicios de los 60.

[58] Lo dicho en los vv. 18 y 19 no significa necesariamente un robo. Lo que sí es claro es que la ausencia de Onésimo pudo causar a su dueño no pocos problemas.

Cabe agregar que, en las asambleas litúrgicas de las comunidades paulinas, podían participar tanto los libres como los esclavos, sin temor a que alguno fuera a ser vilipendiado o maltratado.

Finalmente, esta breve epístola muestra un fuerte sentido de responsabilidad compartida, ya que el tarsiota no solo aboga por la reconciliación, sino que incluso asume la deuda de Onésimo: «Y si en algo te perjudicó, o algo te debe, ponlo a mi cuenta» (v. 18). Estas palabras muestran el compromiso de Pablo no solo con el evangelio, sino también con el bienestar de aquellos que forman parte de sus comunidades: ¡él es un verdadero padre y pastor!

5.7. Filipenses

He aquí, posiblemente, la última de las cartas auténticas, conocida como el «testamento paulino»[59]. Esta misiva, escrita en tono personal, la redactó Pablo, al igual que la anterior, estando en la cárcel (Flp 1,13)[60]. En este precario estado, el apóstol, lejos de dejarse abatir, aprovechó la oportunidad para animar a sus discípulos más amados (Flp 1,7; 4,1) a vivir con gozo y valentía en medio de las dificultades (Flp 4,4), sin olvidar jamás que su ciudadanía está en los cielos (Flp 3,20). No deja de sorprender el hecho de que, a pesar de las dolorosas circunstancias que está enfrentando, el tarsiota hable tantas veces de la alegría (Flp 1,4.18.25; 2,2.17.18.28.29; 3,1; 4,1.4).

Los destinatarios de este «testamento» son los creyentes que viven en Filipos, una ciudad muy importante perteneciente a la provincia romana de Macedonia (Hch 16,11-12), residencia de los veteranos del ejército imperial. Esta metrópoli se regía por el derecho itálico, es decir, podía elegir a sus propios magistrados, sus habitantes tenían en su mayoría la ciudadanía romana y gozaban de la inmediata protección del César. Aquí la presencia judía era escasa, lo que explica la ausencia de una sinagoga y la reunión de los creyentes junto al río, mencionada por Lucas en Hch 16,13.

La iglesia de esta ciudad había sido fundada por Pablo a inicios de los 50 d.C., en el marco de su segundo viaje misionero, cuando tocó suelo europeo por primera vez, acompañado de Timoteo y Silas (Hch 16,6-12).

La predicación de Pablo en esta urbe no fue fácil: el apóstol sufrió una fuerte persecución que incluyó azotes y encarcelamiento (Hch 16,22-24). Tras una brevísima estadía (Hch 16,12: «algunos días»), abandonó Filipos (1Tes 2,2), para dirigirse a Tesalónica. Todo parece indicar que el tarsiota no vuelve a visitar esta ciudad, ya que en ninguna de sus cartas menciona un regreso. No obstante el poco tiempo que permanece allí, logra conformar una iglesia que crece rápidamente y que se mantiene siempre fiel a las enseñanzas de su fundador.

[59] Con este escrito ocurre algo similar a lo ya estudiado con Segunda Corintios: no tenemos plena certeza de si se trata de una composición unitaria o si está formado por varias cartas que fueron unidas posteriormente por un discípulo de Saulo Pablo. Un buen número de estudiosos cree que fueron tres las cartas enviadas por el apóstol a los filipenses. La primera: Flp 1,1-3,1, junto con algunos versículos del capítulo 4. La segunda: Flp 3,2 - 4,1 y otros versículos más del último capítulo. La tercera: Flp 4,10-20.

[60] Lo dicho en los vv. 18 y 19 no significa necesariamente un robo. Lo que sí es claro es que la ausencia de Onésimo pudo causar a su dueño no pocos problemas.

La comunidad de los filipenses estaba formada en su mayoría por personas que, provenientes del paganismo, militaban ahora en el judaísmo, como el caso de Lidia, una comerciante de púrpura originaria de Tiatira (Hch 16,14-15).

Según 2Cor 8,1-5, buena parte de los miembros de esta iglesia era de estrato social bajo. A pesar de su escasez de recursos, los filipenses se mostraron siempre generosos con las iniciativas de Pablo y, aunque éste procuraba sustentarse por sus propios medios y no ser una carga para nadie (1Ts 2,9; 2Cor 11,9a), aceptó con agrado las ayudas económicas de los hermanos de Filipos (2Cor 11,9b). Muy significativo fue el gesto de los filipenses de enviar a Epafrodito con abundantes auxilios económicos para asistir al apóstol en la prisión (Flp 4,18).

Desafortunadamente, también a Filipos llegaron algunos predicadores de tendencia judaizante, que enseñaban que los gentiles que se incorporaban a la comunidad del Mesías debían practicar la circuncisión y otras costumbres propias de los judíos. Conocedor de esta situación, Pablo alienta a los filipenses a no dejarse engañar por esos adversarios (Flp 3,2) y les recuerda que los «verdaderos circuncisos» son aquellos que «dan culto según el Espíritu, se glorían en Cristo Jesús sin poner la confianza en la carne» (Flp 3,3) y, además, viven la comunión en los padecimientos del Mesías para poder participar en su resurrección (Flp 3,10-11).

No podemos dejar de destacar aquí uno de los momentos culmen de esta epístola: el himno cristológico de Flp 2,5-11, donde se habla del Mesías que, despojándose de su condición divina, se hizo hombre y se humilló hasta la muerte en la cruz. Por esta razón, el Padre le otorgó «un nombre que es sobre todo nombre, de manera que toda rodilla se doble ante él». El actuar del Mesías se convierte en ejemplo no solo para Pablo sino para todos sus discípulos, pues ellos deben vivir en humildad y concordia, imitando el sacrificio y la obediencia de Jesucristo.

FUNDACION UNIVERSITARIA UNIMONSERRATE

SAN PABLO

MAESTRO DE LA IGLESIA Y APÓSTOL DE LOS PUEBLOS

Tercera entrega

EDITORIAL UNIMONSERRATE